

TRIBUNA DE LA VANGUARDIA

SIN PAUSA Y SIN PRISA

NOTAS A LA ACTUALIDAD CULTURAL

Prim, héroe de romance

LEVANTADA la tapa del féretro —se vio en la fotografía— contemplamos los ojos de carbón profundo del general don Juan Prim y Prats. Después, el ataúd se ha vuelto a cerrar, para ser trasladado desde el panteón de Madrid al mausoleo que le ofrece la ciudad de Reus. Quedan, en el recuerdo, los ojos penetrantes, taladrantes, como si perdurase en ellos el relámpago de fiebre que los incendió toda su vida.

¿No será Prim —y por eso lo tralga a comentario— el último mito legendario de nuestra historia? Navega su recuerdo a paso gentil y solemne, como en la excelente estatua ecuestre del Parque de la Ciudadela. No me toca analizar —se ha hecho ya muy bien— el perfil histórico del personaje, sino en la vertiente de su proyección literaria. Ni siquiera me interesa ahora su reflejo en la literatura culta. Recuerdo, por ejemplo, su aparición juvenil —momentánea, pero muy viva— en «Las historias naturales», de Joan Peruchó; o sus plurales apariciones —un poco caricaturescas— en «El Ruedo Ibérico» y en «Baza de espadas», de don Ramón del Valle Inclán. Es el conde de Reus, en su vejez, cuando «pisando fuerte y abriendo vocales catalanas hacia temblar el trono de Isabel II». (Sobre su acento catalán trae Oliver Bertrand —«Prim», II, 157— una graciosa anécdota, cuando contestó a una dama madrileña: «Señora, el disgusto sería mío si al hablar públicamente en Reus me notaran dejo castellano».)

Volvamos al reflejo literario-popular. El personaje pasa el umbral de la mitología. Los niños cantan en las plazuelas provincianas:

En la calle del Turco
asesinaron a Prim...

No son éstas las únicas canciones. Y no sólo de tinte popular. Hasta la misma péñola de don Víctor Balaguer se juzgó instrumento para cantar al vencedor de Castillejos:

...la victoria radiante proclama
abatido al secuz del Korán,
de España do qulera la fama
en sus alas la prez llevará...

Y don Francisco Camprodón lo hacía sonar en vernáculo catalán

Juan traslada's la veu
d'un valent que et recomana
la joia de més gran preu
de Roger que et deixa hereu
de la glòria catalana...

y aun en valenciano; Josep Bernard y Baldoí segrega quintillas como ésta:

Y hem de dir formant un cos
que encara que de nom Prim
es el cheneral més gros
que hui en Espanya tenim...

Pero Prim —lo repito— es el último ejemplo de personaje del romancero popular, calando en la entraña de la muchedumbre, a través de los pliegos de cordel que cantaron su desastrosa muerte. Así, por ejemplo:

...toda la prensa española
sin distinción de opiniones
con sus manifestaciones
lamentó el suceso atroz;
hasta enemigos políticos
del Conde el hecho afearon
y unánimemente alzaron
de reprobación la voz.

Desde el fondo de su ataúd, los ojos negros y ardientes de don Juan Prim y Prats taladrarán el muro de la historia.

Eduard Valentí Fiol

ESTA de Dios que, a cada cuando, este registro de actualidad cultural deba ornarse de crespones funerarios. Hoy tiene que empenacharse de negro con un nombre para mi entrañable: el de Eduard Valentí Fiol, catedrático, humanista, amigo. Decir el paralelismo de nuestro caminar por el mundo, desde la común adolescencia en Gerona hasta el despliegue de nuestra vida docente, no sería sino señalar unos hitos externos, de superficial apariencia.

Voy a decir al amigo que he perdido. Avaro de su enorme saber, perfeccionista por ética profesional, exigente en el esfuerzo, su obra publicada no puede reflejar la inmensidad de su espíritu. Traductor de clásicos en la «Fundació Bernat-Metge», era su más riguroso y profundo comentarista. Las páginas escritas

para acompañar su versión de «El somni d'Escipió» (en el «Homenatge a Carles Riba», de 1954) son, en su tremenda fuerza actualizadora, el paradigma de la tragedia del intelectual, impotente ante el devenir de esos sucesos superficiales que denominamos Historia. Para Valentí, la historia era algo más: era la sucesión de un pensamiento. Hace ahora exactamente dos años, Eduard Valentí publicaba en «Revista de Occidente» un artículo sobre «Joan Maragall, modernista y nietscheano». En este trabajo, en unión de otro anterior publicado en lengua catalana, Valentí establece la genealogía del pensamiento maragalliano especialmente en el «Cant Espiritual» (y tomando como base el verso-clave «Aquell que a cap moment li digué atura't»), que enlaza con uno de los parlamentos del «Faust», de Goethe, y con algunos fragmentos del «Zarathustra», de Nietzsche. La seriedad y hondura de este trabajo produjeron (soy testigo personal de ello) un impacto singular. ¿Quién es este profesor? —me decía—. ¿Por qué no publica más?

Esto le preguntábamos todos. El rigor del intelectual consigo mismo era, sin duda, la respuesta, aunque no faltasen ocasiones de desánimo o labores menos personales «pro pane lucrando». De su última etapa de trabajo nos queda su discurso de ingreso en la Academia de Buenas Letras sobre las ideas modernistas en el pensamiento de Torres y Bages. Valentí, en efecto, había sido elegido, por quienes, más cerca de él, «sabíamos» de su recoleto y hondo saber. No podremos oír su voz en la noble severidad del gran salón del Palacio de Requesens. Pero la resonancia de su espíritu la conservaremos en el corazón.

Anacronismo y sincronismo

LOS «rallyes» de automóviles antiguos van perdiendo sabor, en la medida en que cada año los atuendos y los adornos capilares (barbas incluidas) de los que desfilan en las viejas máquinas se parecen cada vez más a los de sus abuelos; y lo mismo podríamos decir del salto atrás de las modas femeninas, cada vez más próximas a las de las que intentan evocar las ocupantes de los venerables automóviles de hace medio siglo. Pronto, quien tomó parte en estos festejos no le hará falta disfrazarse.

(A esto se le puede llamar, pedantemente, eterno retorno o «Ring des rings». Pero también —y de una manera más sencilla—, «movimiento pendular de la Historia».)

Guillermo DIAZ-PLAJA

de la Real Academia Española

SABER LEER

LA HISTORIA Y SUS ILUSIONES

AHORA los historiadores tienden a trabajar con cifras; con estadísticas. Hasta donde pueden, por supuesto. No siempre nuestros antepasados sintieron la necesidad de consignar en sus papeles los «datos» que hoy nos gustaría conocer, y a menudo, incluso, los omitieron de manera deliberada. Nadie «vive» con la preocupación de que, un día, siglos después, será objeto del interés de los eruditos. Y hasta cabe afirmar que, cuando existió alguna persona obsesivamente inclinada a «pasar a la posteridad», su vocación se tradujo en trampas, amañados y justificaciones, para «quedar bien», lo cual es todavía peor. Pero la «historia» aspira a obtener un mínimo de veracidad en las noticias que maneja, y sus profesionales se las ven bastante negras para llegar a resultados aproximadamente serios. Todo depende, claro está, de las épocas y, por consiguiente, del mayor o menor entusiasmo burocrático de sus respectivos protagonistas: la riqueza de los archivos es lo determinante. De hecho, eso que llamamos «historia» fue siempre un arma ideológica de tal o cual clase, de una u otra oligarquía, de este nacionalismo o de aquel imperialismo, y corrigir su abrumadora acumulación de mitos, de leyendas, de exageraciones, constituye un trabajo penosísimo. Que se va haciendo, un poco en todas partes.

Y lo de los números será, sin duda, una primera operación de detergencia moral, considerablemente útil. De entrada, ya lo advertimos en las monografías cuyo tema procede de la misma índole del método. Me refiero a las cuestiones demográficas, a los azares del dinero, a los cómputos de producción, a las listas de precios, y cosas similares. Los factores «cuantificables» de la dinámica social —no me atrevo a decir «mecanismo social», y menos aún «organismo social»— empiezan a ser estipulados: se intenta reconstruir su detalle, se apuntan conjeturas para completarlos, se los «interpreta» con la mejor buena fe. Acostumbrados como estamos a la «historia» tradicional, de manuales y discursos, de apologías y polémicas, la áspera realidad de los números proporciona un enorme

júbilo al lector curioso. Uno se entera, comienza a enterarse, precisamente, de todo aquello que hasta hoy nos habían escamoteado: los asuntos básicos. Los historiadores han ido descendiendo las gradas de los tronos, han abandonado las alcobas palaciegas y han hecho lo posible por apartarse de los campos de batalla: atienden a las epidemias, a las cosechas, a los jornales, a las compraventas corrientes, a las devaluaciones de la moneda. Son, en definitiva, los materiales de nuestra vida diaria.

La historia, la verdadera historia, «también» es eso. No sólo eso, naturalmente. Olvidarse de la nariz de Cleopatra, de las chambas bélicas y de otros atletismos parecidos, sería peligroso: sería tanto como olvidar que, en el funcionamiento de una sociedad, hay gentes con más poder que otras, y, por tanto, con más «decisión» o más «influencia». Pero, esto aparte, lo que importa es que la «historia» se hace ya a ras de suelo. O se pretende así. Aún quedan en el aire muchos resabios por disipar. Es un problema de tiempo y de hábito. De momento, se producen confusiones y malentendidos. Un amigo me hacía observar, hace poco, que la óptica de algunos investigadores no ha cambiado tanto como parece, y que «tratan», por ejemplo, a un sindicato con el mismo criterio que su abuelo en la cátedra aplicaba a la familia real o a la batalla de Lepanto. No me sorprende que ocurra así. Y en todo caso, conviene que se estudien las peripecias de los sindicatos obreros como se han estudiado los vaivenes dinásticos: son cosas que se han de saber. A la larga, nada es superfluo, en este terreno. Tal vez, en última instancia, lo que cuenta es el acierto en la jerarquización de los elementos en juego. La admirable idea de una «historia total» ha de sujetarse, en su ambición, a ciertas «selecciones» de materiales. Literalmente, la «historia total» haría pensar en aquel personaje de Jorge L. Borges, que quería confeccionar un globo terráqueo de tamaño natural. De todos modos, el proyecto, reducido a términos razonables, es el único válido.

La atención a los guarismos y a su exacto encuadre en la realidad ha de ser, en cualquier

aspecto, eficaz. Frente a una historia elaborada con retórica y con fantasmas, siempre será higiénico acudir a los pesos y a las medidas: al cálculo. Recuerdo haber leído, sin ir más lejos, unas páginas de un docto profesor que ponía los puntos sobre las íes de un determinado episodio de la fantasía celtibérica. Lamento que mi memoria no sea tan fiel como convendría ahora. ¿Se trataba de Covadonga, o quizá de Roncesvalles? Algo de este tipo, por descontento. Durante centurias, el topónimo, ligado a una excelsa victoria, significó un solemne hito para las ensañaciones patrioteristas: los escolares y los oradores, y naturalmente los funcionarios de la cultura establecida, acogieron la explicación —que no era tal— sin ningún recelo. Pero el profesor a que aludo se tomó la molestia de visitar la geografía del acontecimiento. ¿Nadie lo había hecho hasta entonces? Y si lo hizo alguien, ¿tanto le falló el sentido de las proporciones del espacio o del movimiento previsible para cualquier tropa? Lo único seguro es que, «in situ», aquel señor sacó una conclusión obvia: el ámbito donde se desarrolló la contienda famosa sólo admitía unas pocas, escasas docenas de combatientes. La «gran batalla», que las arengas y los poemas hincharon con toda ingenuidad, fue una modesta escaramuza: una reyerta de mozos entre pueblos vecinos, mil años después, no fue más luctuosa.

Es indiscutible que una anécdota militar secundaria puede repercutir energicamente en el futuro de una vasta comunidad. En historia, la relación causa-efecto nunca es sencilla. Pero no hay que descartar del esquema ni la más leve minucia: Roncesvalles, Covadonga. ¿O es que no era una «minucia»? No: no lo era. La deformación ulterior, literaria y capciosa, es lo que nosotros, alumnos modosos, aprendimos en la escuela, o, ciudadanos inocentes, absorbimos en la palabrería de las maquinarias egregias. Sin embargo, la rectificación será saludable: hinchado el perro, vale la pena deshincharlo. Bien mirado, la confusa España del siglo VIII, con moros, godos y francos sumados, debió de ser un conjunto humano bastante reducido, y la población

subalterna apenas representó mucho más: en esa circunstancia, la lucha entre cien individuos, o doscientos, a campo abierto, pudo ser importante. No estamos acostumbrados a tener presente el contexto «numérico». Las enormes batallas antiguas, Cartago y Roma, las Cruzadas, la Guerra de las Investiduras, la de las Dos Rosas, la de los Cien Años, y todo lo demás, ¿fueron tan aparatosas como creemos? Los cronistas contemporáneos hablan de ejércitos con centenares de miles de soldados, pero ellos calculaban a ojo y con espíritu propagandístico.

Es difícil «saber leer» historia. Y «escribirla». Propendemos a considerar que lo que ocurrió hace dos, tres, quince siglos, es, o fue, «casi» igual a lo que ocurre ahora. La historia se escribe y se lee «desde» un nivel histórico concreto, y ese condicionamiento es determinante: hacia atrás. Nuestra visión retroactiva responde a nociones actuales. Se nos difumina el marco donde se produjeron los hechos memorables, y nos desistamos. Cuando uno repasa la «Crónica» de Pedro el Ceremonioso, lo correcto sería pensar que, en todo el Principado, aquel monarca tenía menos «súbditos» que hoy el notario Porcioles en su explosiva Barcelona. Y no sólo es un asunto de volumen. Las cifras imponen mucho, pero hay otras cosas de por medio. Los «instrumentos», sin ir más lejos: Un tal Ponç de Castellví, allá a mediados del XVII, escribiendo de historia, no pudo reprimir esta exclamación: «¡Oh Dicha, cómo te aventajas al Valor en las meliciosas batallas de nuestros tiempos! ¿Qué vale la Fortaleza? ¿Qué, el Brío? ¿Qué, la Reputación? Si por los apartados tiros de la artillería y la mosqueteería muere igualmente el cobarde y el valeroso...» Un día es el cañón, otro es la bomba atómica, o el eurodólar, o los monopolios, o la imprenta, o la televisión, o la penicilina, o...

La historia son todas estas cosas y las restantes.

Joan FUSTER

PATENTES Y MARCAS
J. LOPEZ
Tramitación rápida
RUA CAPUCHINOS, 66
Teléfono 22217 64
SOLICITE FOLLETO GRATIS

SIN ENTRADA
Sólo 175 ptas. semana, estrene
TELEVISOR
Las mejores marcas UHF - VHF
Tels. 337-30-27 y 224-90-01
Regalo mesita y antenas

desde luego

Cerbero

COCINAS
FRIGORIFICOS
CALENTADORES de agua

Cerbero
servicio seguro